

ferente á las fatigas y privaciones. Su vestido era el que mejor podia realzar la belleza de su persona: no desconocia toda la impresion que ciertas exterioridades suelen ejercer; así es que aunque sus vestidos no eran vistosos ni ostentosos, sí eran ricos; gustaba de pocos adornos, y por lo comun siempre eran los mismos, pero los pocos que llevaba eran de gran precio. Su trato abierto y marcial encubria una alma fria y calculadora. Al buen humor reunia un aire de resolucion y de firmeza, que hacia conocer á los que le eran allegados, que no les tocaba mas que obedecer; de suerte que el cariño que le profesaban sus mas adictos secuaces, estaba mezclado de cierta especie de miedo. Esta combinacion de afectuosidad y austeridad era quizá la única á propósito para dominar á aquellos hombres rudos é impetuosos entre quienes iba á jugar su fortuna.

El carácter de Cortés parece que sufrió alguna mudanza cuando se vió en estas nuevas circunstancias, ó mejor dicho, parece que el nuevo género de vida que emprendió, despertó algunas cualidades que antes dormian ocultas en su seno. Hay almas fuertes, pero que necesitan de una excitacion para desplegar toda su energía, á la manera que ciertas plantas que sujetas á la suave influencia de un clima templado se marchitan y decaecen, y que solo medran y fructifican en medio de la atmósfera ardiente de los trópicos. Tal es el retrato que nos han

trasmitido los contemporáneos de aquel hombre extraordinario, instrumento escogido por la Providencia para esparcir el terror entre los bárbaros monarcas del Nuevo Mundo y para hundir en el polvo sus imperios.¹

Antes de que estuviese lista la expedicion en la Habana, D. Pedro Barba, comandante de la plaza, recibió cartas de Velazquez en la que le prevenia que aprehendiese á Cortés y estorbase la partida de las naves. Al mismo tiempo recibió Cortés una carta del mismo Velazquez, en la que le prevenia que pospusiese su viaje hasta tanto que el gobernador no viniese á hablar con él en persona como lo tenia pensado verificarlo. "Jamás he visto," dice Las-Casas, "una falta de mundo mas completa, que la que mostró Velazquez en la tal carta, pues llegó á imaginarse que un hombre que acababa de hacerle burla en su presencia, suspenderia su viaje solo porque á él se le antojaba." En efecto, era esto lo mismo que querer detener con una palabra el curso de una saeta, despues de que ha salido del arco.²

El capitán general en el poco tiempo que habia

¹ Tanto en la historia del hidalgo viejo Bernal Diaz del Castillo que sirvió mucho tiempo á las órdenes de Cortés, como la crónica de Gomara que fué su capellan general, se puede ver los pormonores mas minuciosos, acerca del carácter y vida de este guerrero. Consúltense principalmente el último capítulo de la última obra, y el 203 de la primera.

² Las-Casas, op. citato, cap. 115.

estado allí, habia conciliádose la buena voluntad de Barba; además, que aunque este oficial hubiese querido ejecutar las órdenes del gobernador, no habria podido hacerlo á la vista de una soldadesca audaz y que se habria desencadenado al ver la innoble persecucion de su comandante, "por el cual," como dice el honrado cronista que tomó parte en la expedicion, "todos, oficiales y particulares, habrian dado gustosos la vida."¹ Barba se contentó, pues, con exponer á Velazquez lo impracticable de sus órdenes, y con calmar sus sospechas, dándole grandes seguridades de que seria fiel Cortés. A este le escribió una comunicacion de su puño, en los términos mas cumplidos que pudo,² en la cual suplicaba á su excelencia que contase con su alhesion, y le ofrecia que toda la flota, siendo Dios servido, podria hacerse á la vela al dia siguiente.

En consecuencia de esto se puso en camino la escuadrilla el 10 de Febrero de 1519, haciendo rumbo hácia el cabo de San Anton, que era el punto designado para la reunion. Las embarcaciones todas subian á once: una de ellas, en la que iba Cortés, era del porte de cien toneladas, otras tres de setenta á ochenta; el resto eran carabelas y bergantines sin cubierta. Todos quedaron á la direccion de Antonio de Alaminos, experto veterano que habia ido

1 Bernal Diaz, op. cit. cap. 24.

2 Ibidem, ubi supra.

en calidad de piloto en los viajes de Colón, y con Córdoba y Grijalva en las primeras expediciones á Yucatan. Luego que arribó Cortés al Cabo, pasó revista á sus tropas y encontró que subian á ciento diez marineros, quinientos cincuenta y tres soldados, incluso treinta y dos ballesteros y trece arcabuceros, además de doscientos indios isleños y algunas indias para los oficios domésticos. Estaba armada de diez piezas grandes de artillería, cuatro piezas ligeras llamadas falconetes, y un buen abasto de municiones.¹ Habia además diez y seis caballos, que no era fácil procurarse por la dificultad de trasportarlos en las ligeras embarcaciones de aquellos tiempos, de suerte que en las islas eran escasos y excesivamente caros.² Pero Cortés juzgó con razon que la caballería aunque fuese un pequeño número, era

1 Bernal Diaz, op. cit. cap. 26.

Hay alguna discrepancia en los autores, en cuanto á la fuerza del ejército. La Carta de Veracruz que debiera haber sido exacta, dice en números redondos que eran 400 soldados. Velazquez mismo en una comunicacion al Juez principal de Santo Domingo, dice que eran 600. (Carta de Diego Velazquez al Lic. Figueroa, MS.) Yo he preferido el cómputo de Bernal Diaz del Castillo que en su larga carrera militar ha tratado íntimamente á todos sus camaradas y ha sabido la historia privada de cada uno de ellos.

2 Increíblemente caros, ciertamente, si hemos de dar fé á las declaraciones de Villa Segura, en las que se dice que cada caballo costó de cuatro á quinientos pesos de oro. «Si saben que de caballos que el dicho señor capitán general Hernando Cortés ha comprado para servir en la dicha Conquista, que son diez y ocho le han costado á cuatrocientos cincuenta ó á quinientos pesos que ha pagado, é que debe mas de ocho mil pesos de oro dellos.» El valor de

de gran importancia, tanto en el servicio en el campamento, como para infundir terror á los salvajes. ¡Con tan escasos recursos emprendió una conquista que aun su esforzado corazón habria desconfiado de efectuar, si hubiera podido prever todos los obstáculos que se les esperaban!

Antes de embarcarse dirigió Cortés á sus soldados una alocucion animada y entusiasta. Díjoles que iba á entrar en una empresa que haria famoso su nombre por todas las edades; que iba á llevarles á regiones mas vastas y opulentas que ninguna de las que hasta entonces habian visto los europeos: "alcanzareis prez y gloria, les dijo; pero será á costa de incesantes fatigas. Las grandes empresas solo se alcanzan con grandes esfuerzos: jamas ha sido la gloria el premio de la pereza.¹ Si he consagrado todos mis afanes y sacrificado toda mi fortuna en semejante empresa, es por el amor de la gloria, que es la mas sublime recompensa á que puede aspirar el hombre. Si algunos de vosotros codicia aun mas

estos caballos puede verse en Bernal Diaz que ha creido conveniente decirnos el precio de cada uno; noticia que seria por demas hasta en un calendario de diversion. Véase el cap. 23 de la Conquista.

1 «Yo vos propongo grandes premios, mas envueltos en grandes trabajos; pero la virtud no quiere ociosidad.» (Gomara, Crónica, cap. 9.) Es el mismo pensamiento que tan bellamente ha expresado Thompson en el siguiente distico:

«For sluggard's brow the laurel never grew;
Renown is not the child of indolent repose.»

que esta fama, las riquezas, sedme fieles como yo os seré fiel, que yo os ofrezco haceros dueño de mas oro que el que ninguno de los europeos ha visto en sus sueños de codicia. Pocos sois pero esforzados: si vuestro ánimo no vacila, estad seguros de que el Altísimo que nunca ha abandonado á los españoles en sus combates con los infieles, os salvará, aunque os veais envueltos por una nube de enemigos; porque vuestra causa es justa y peleais bajo la bandera de la Cruz. Prosigamos, pues, con confianza y presteza, y demos gloriosa cima á la empresa tan felizmente comenzada."¹

La tosca elocuencia del general ponía en vibracion las varias cuerdas de la ambicion, la codicia y el celo religioso; así es que penetró hasta lo íntimo del corazón de sus secuaces, que contestándole con vivas aclamaciones, se mostraban impacientes por continuar bajo las órdenes del caudillo que debia conducirles, no ya á la batalla, sino al triunfo.

Cortés quedó plenamente satisfecho al ver el entusiasmo marcial en que ardian sus compañeros. Mandó celebrar una misa con todas las solemnidades que acostumbraban los navegantes españoles cuando iban á embarcarse para algun viaje de descubrimiento: y poniendo la flota bajo la proteccion

1 El texto no es mas que el compendio abreviado de la arenga de Cortés, ó como muy bien pudiera suceder, de su capellan. Véase á Gomara, cap. 9.

de San Pedro, santo abogado de Cortés, levantaron anclas para la costa de Yucatan, el dia 18 de Febrero de 1519.¹

1 Las-Casas, ubi supra. Gomara, op. cit., ap. 10. De Rebus Gestis, MS. Tantus fuit armorum apparatus quo alterum terrarum orbem bellis Cortesius conqutit; ex tam parvis opibus tantum imperium Carolo facit: aperitque omnium primus. Hispanæ genti, Hispaniam novam.» Op. cit. El autor de la obra es desconocido: parece que ella formaba parte de una gran compilacion titulada: «De Orbe novo,» que tenia probablemente por objeto dar una serie de bosquejos biográficos, pues en la introduccion se habla de la vida de Colon, como debiendo preceder á la de H. Cortés. Segun allí consta, fué escrita cuando todavía vivian algunos conquistadores y estaba dedicada al hijo de Cortés. El historiador, tenia, pues, todos los datos necesarios para averiguar la verdad; pero no obstante eso, se trasluce frecuentemente bastante parcialidad hácia el héroe, bajo cuyos auspicios se publicaba. Tiene toda la cansada prolijidad en referir pequñeces que suele ser tan útil en ese género de documentos. Desgraciadamente solo el primer libro quedó concluido, ó por lo menos el único que ha sobrevivido. Los sucesos de que trata son los de que se habla en este capítulo. La obra está escrita en latin, en estilo puro y castizo, y hay fundadas sospechas de que su autor fué Calvet de Estrella, cronista de Indias. El original existe en la librería de Simancas, de donde fué sacado á luz y transcrito por Muñoz, de cuya copia está tomada la que yo tengo.

CAPITULO IV.

Viaje á Cozumel.— Conversion de los naturales.— Gerónimo de Aguilar.—
Llega la armada á Tabasco.— Gran batalla con los indios.— Introduccion del cristianismo.

HABIÁSE dado órden de que los buques fuesen lo mas reunidos que se pudiese, y que siguiesen á la capitana ó nave en que iba el almirante, la cual llevaba una luz en la popa durante la noche, para servir como de faro. Pero el tiempo, que durante los primeros dias del viaje habia sido bonancible, cambió repentinamente y se levantó una de esas borrascas tan frecuentes en esa estacion, en la latitud en que están las Indias Occidentales. Envolvió con terrible ímpetu á la escuadrilla, dispersó las naves, desmanteló algunas de ellas, y las alejó considerablemente de la ruta que debian seguir.

Cortés que se habia demorado por convoyar una nave inutilizada, llegó el último á Cozumel. Al ar-